

# En la arena de la playa

Samont H.



## Capítulo 1

EXTRACTO DE LA NOVELA: ***La probabilidad, el albedrío o las barajas.***

<http://www.megustaescribir.com/obra/64381/la-probabilidad-el-albedrío-o-las-barajas>

Escena: ***En la arena de la playa.***

De niño miraba el mar desde mi ventana y me intrigaba saber qué hacían aquellas gentes reunidas alrededor de una fogata o dentro de sus carpas. Y si se encendían unas bombillas, con las baterías de los carros, eso me gustaba más, porque luego terminaba en fiesta. Escuchaba el sonido de las guitarras o de un cajón, y a las gentes cantar y bailar. Ese día fue la primera vez que fui de madrugada a la arena de la playa. Aunque era tarde y mi abuela yacía en cama enferma sentía que no transgredía nada. Mi libre albedrío me impulsaba, el deseo y la curiosidad de niño se cumplía y qué mejor si estaba al lado de Jimena.

Pisábamos la arena y el mar se veía iluminado. A pesar de la luz lunar se veían algunas estrellas. Un aroma a harina de pescado que salía de una fábrica cargaba por ratos el ambiente. En un barco mercante anclado en el muelle se escuchaba algarabía. Cuando hablaba un hombre en inglés la gente aplaudía. Pero ni el olor ni el bullicio lejano nos importaban. Ya muy próximos a la orilla Jimena señaló el mar, «esto es paz», mencionó, y yo miraba cómo las aguas traslucidas por la luna lamían la orilla.

—Tiende la colcha y quedémonos aquí mismo.

—Sí.

Extendí la frazada. Jimena se tumbó primero boca arriba y yo repetí a lo mismo.

—Mira el cielo, está limpio, sin nubes, algunas estrellas, la luna llena —hablada Jimena, levantando el brazo a lo que se refería—, el aire fresco, el mar en frente y nosotros contemplándolo todo tumbados en la arena. ¿Ejercerá la luna alguna influencia sobre nosotros, Gabriel?

Volteó a mirarme con una risa acechadora. Tragué saliva.

—Yooo quééé sééé —tartamudeé. Ella explotó en risa—. Has hablado igualito como el día en que entraste a la cafetería. En el fondo no eres más que un niño muy tímido.

—¡Y qué quieres! Soy así.

—Gabriel, tú que ya tienes dieciséis años, ¿has tenido sexo alguna vez?

¿Y ahora por qué estos temas?, me pregunté en silencio. A demás me lo soltó, así como quien lanza un esputo, sin delicadeza, con la más absoluta frialdad.

—No, mujer —respondí cual un rayo— ¿Por qué me preguntas eso?

—No te asustes; es un tema muy normal.

—¿Sí?, lo será para ti; para mí, no. Ninguna mujer me ha preguntado esto.

—¿Niño ingenuo?

Algo se movía a escasos metros detrás de nosotros. Me volví boca abajo. Era un ave perdida que escarbaba en la arena. Subí la mirada y las fachadas de la ciudad se veían como recién pintadas. Parece otro pueblo, hablé en silencio. Las luces de las farolas les imprimían una vitalidad artificial, como si tuviese en mi delante un inmenso cuadro iluminado solo en su contorno en una habitación oscura.

—Mira cómo se ve el pueblo de noche —dije, tratando de desviar la conversación.

—Ese cuadro lo he visto miles de veces —alegó Jimena.

—¿Y quién te ha hablado de cuadros? —pregunté atónito.

Jimena volvió a su tema.

—¡Bueno!, a lo que te decía. No sabes lo que te pierdes.

—¡Qué?

—Sobre el sexo, tonto; de eso te estoy hablando. Y a tu edad ya debes haberlo experimentado, al menos por curiosidad en solitario.

Volvió a sonreírme acechadora, pero esa vez estaba a la defensiva.

—¿Y tú que tanto hablas, lo has hecho o qué?

Ella respondió apresurada, como anhelando le hiciera esa pregunta.

—Sí, ¡claro! Unas cuantas veces.